

FANTASMAS HISPANISTAS Y OTROS RETOS TRANSATLÁNTICOS

Sebastian Faber

Me encantan las reuniones latinoamericanistas, pero nunca he logrado deshacerme por completo de la sensación de ser un intruso, un agente del enemigo. Y es que, además de holandés errante, no soy latinoamericanista puro; llevo más de una década negándome a elegir entre uno y otro lado del Atlántico. Se me podría acusar de oportunismo profesional, de mantener un pie en el barco latinoamericano porque el peninsular se va hundiendo. Quizás haya algo de eso. Pues la verdad es que, en las universidades norteamericanas, los estudios peninsulares vienen sufriendo un lento pero seguro proceso de erosión. Hay cada vez menos puestos, alumnos y cursos, por no hablar de prensas universitarias dispuestas a publicar trabajos sobre España, aunque sea en inglés. Este proceso se inició ya hace varias décadas, tanto en los departamentos de estudios hispánicos como los de historia, donde la situación es, si cabe, más desconsoladora aún (Boyd 114). El aprendizaje del español, claro está, suscita más interés que nunca en este país que ya cuenta con cuarenta millones de hispanohablantes, y para el cual Latinoamérica sigue representando un caudal de intereses económicos y políticos. En la lucha territorial que determina la evolución de los campos universitarios, sin embargo, España como objeto de estudio se ha visto obligado a ceder cada vez más terreno a los estudios latinoamericanos y latinos.

Quiero dejar claro que este proceso no me parece, necesariamente, motivo de lamentación, aparte de que lamentarse no sirve de nada. Aun así quisiera aprovechar esta oportunidad para romper una lanza en favor de lo peninsular como una *dimensión* de los estudios latinoamericanos y latinos, una dimensión que, si no es indispensable, sí me parece válida e incluso prometedor. En lo que sigue me propongo hacer tres cosas concretas. Primero, quiero esbozar muy brevemente una historia institucional de las relaciones entre latinoamericanismo y peninsularismo en la academia norteamericana, concentrándome de forma especial en las humanidades más que en las ciencias sociales, y en el período entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial, que es uno de los menos estudiados. Segundo, consideraré las estrategias de supervivencia y renovación que, en la pasada década, han adoptado los estudios peninsulares frente a la amenaza de extinción o, al menos, de irrelevancia y marginación. En este sentido me interesa sobre todo la tentativa de transformar el antiguo hispanismo —disciplina filológica basada en una visión del mundo hispanohablante unitaria, centralizada y, en última instancia, imperial— en lo que se ha dado en llamar «estudios transatlánticos». Estos estudios cabe definirlos como un campo interdisciplinario que no *presupone* la unidad cultural del mundo hispánico sino que se concentra, dentro de un marco comparatista y transnacional, en las interacciones dinámicas y conflictivas que han venido caracterizando las relaciones entre España, Latinoamérica y Estados Unidos. Éstos, además, se conciben como tres espacios geográficos marcados más por su diversidad cultural y lingüística que por una supuesta identidad compartida, imputada a priori.

Tercero, me propongo argüir que los estudios transatlánticos ofrecen una amplia gama de oportunidades no sólo para el peninsularismo, sino también para los estudios latinoamericanos y latinos. El campo peninsular o ibérico ha estado bastante marginado en los muchos e importantes debates acerca de los estudios latinoamericanos, latinos y culturales que se han venido desarrollando en el curso de las últimas décadas. Lo demuestra, por dar un solo ejemplo, la ausencia casi total en los congresos de LASA de temas siquiera tangencialmente peninsulares. (En este sentido, es alentadora la inclusión de peninsularistas en dos colecciones recientes sobre la historia del campo y sus dilemas y retos

actuales.)¹ Es verdad que esta marginación la debe el peninsularismo en parte a sí mismo, poco dispuesto como ha estado a asociarse con lo latinoamericano; pero hay que reconocer que los latinoamericanistas tampoco se han mostrado muy receptivos. Por un lado, esta progresiva separación de dos campos que, hasta los años sesenta, podían todavía concebirse como uno solo, cabe verla como consecuencia de los procesos de especialización que han venido transformando la vida académica del siglo xx, y del hecho de que, en muchos sentidos, España y Latinoamérica presentan problemas intelectuales muy distintos. Por otro, hay casos en que el alejamiento institucional se ha impuesto, ante todo, como un «divorcio de conveniencia», una solución administrativa a los conflictos endémicos y las luchas ideológicas que aquejaban a los departamentos de español en los años setenta y ochenta —y que, naturalmente, además de visiones rivales del mundo hispánico, se centraban en el control de recursos—.

Ahora bien, la tendencia a excluir a los estudios peninsulares de las reflexiones sobre los retos y dilemas del latinoamericanismo actual sí que me parece lamentable, porque creo que integrar lo peninsular en los debates sobre la disciplina —eso sí, de forma modesta y no hegemónica— los enriquecería considerablemente. Además, me parece que la academia norteamericana es el espacio idóneo para la exploración de perspectivas transatlánticas, dada la creciente presencia de los estudios latinos y la larga convivencia en pie de relativa igualdad —aunque también de rivalidad— del latinoamericanismo y peninsularismo. Así lo han entendido también los propagadores del nuevo transatlanticismo, como Julio Ortega y Joseba Gabilondo, sobre cuyas propuestas hablaremos en más detalle al final de este ensayo. (En cierto modo, en cuanto reaproximación disciplinaria/transnacional, los estudios transatlánticos vendrían a complementar los *Latino-American Studies* tal y como los esboza Juan Poblete [ix-xli].) Cerraré mi texto con un breve y ecléctico repaso de temas eminentemente transatlánticos, algunos de los cuales ya se han empezado a explorar y otros que quedan relativamente vírgenes.

1. Me refiero a *Ideologies of Hispanism*, editado por Mabel Moraña (2005) y el primer número de *Hispanic Issues Online* (2006), editado por Luis Martín-Estudillo, Francisco Ocampo y Nicholas Spadaccini.

ESPAÑA Y LATINOAMÉRICA EN LA UNIVERSIDAD ESTADOUNIDENSE

Como todas las historias, institucionales u otras, la del hispanismo norteamericano se presta a una multitud de tramas posibles. Cabría contarla en clave épica, por ejemplo, como el ascenso gradual de los estudios latinoamericanos, que primero se independizan del yugo peninsular para después triunfar sobre los españoles; o de la victoria numérica del español, cuya popularidad al final ha logrado derrotar la arrogancia europeísta las otras lenguas imperiales. Otro posible entramado, más complejo pero también más interesante y verosímil, describiría la historia del hispanismo norteamericano como una larga y accidentada lucha por la *relevancia* y el *prestigio*. En esta lucha, el hispanismo tuvo que enfrentarse primero a la hegemonía de la filología clásica, y después a la de las otras lenguas modernas, sobre todo el alemán y el francés. Es sólo en tercer término que la rivalidad se vuelve interna, manifestándose en una competencia entre lo peninsular y lo latinoamericano.

Para complicar las cosas, esta lucha por la relevancia y el prestigio —que en realidad sigue vigente y quizá sea más intensa que nunca²— ha sido doblemente esquizofrénica. Primero, porque para la ideología humanista y anti-utilitaria que guió a los fundadores de las filologías universitarias a finales del siglo XIX, lo que confería prestigio académico era, precisamente, la falta de relevancia práctica (Graff 67-73). Y segundo, porque, durante mucho tiempo, la *relevancia* del hispanismo en términos económicos y políticos se tendía a asociar con Latinoamérica, mientras que el *prestigio* se asociaba con la alta cultura y, por tanto, con España —considerada no sólo como la fuente u origen de la cultura latinoamericana, sino también más digna de estudio por ser europea y (ex) imperial (Fernández 53-55)—.

Como indica J. R. Spell, un puñado de *colleges* norteamericanos empiezan a enseñar español a finales del siglo XVIII, mientras que Harvard inaugura su primera cátedra, ocupada por George Ticknor, en 1819.³ Para los primeros hispanistas universitarios norteamericanos, sin

2. Así, por ejemplo, Idelber Avelar observa en 1999 una «exacerbation of the contradiction between the language's high social and experiential capital among students and its low theoretical capital among literature specialists» (49).

3. Según Spell, la enseñanza del español se introduce primero en los siguientes *colleges*: Pennsylvania (1750), William and Mary (1780), St. Mary's Baltimore (1800),

embargo, Latinoamérica era una entidad física insignificante: «[E]ven the institutions which urged the study of the language from the most utilitarian motives», afirma Spell con referencia al hispanismo norteamericano decimonónico, «used texts whose purpose was to introduce students to the treasures of Spanish literature. Never throughout the [nineteenth] century did Harvard cater to the practical calls for Spanish; no text dealing with Mexico or South America was ever issued; and no member of the faculty who taught Spanish ever traveled in Spanish America» (151-152). La visión de Latinoamérica como región marginal para los estudios hispánicos universitarios empieza a modificarse hacia finales del siglo XIX, gracias a la guerra de 1898, la apertura del Canal de Panamá, y el auge de panamericanismos de varios tipos (político, económico y cultural). El estallido de la Primera Guerra Mundial hace mucho para fomentar el aprendizaje del español, no sólo porque intensifica las relaciones económicas con Latinoamérica, sino porque motiva un drástico declive en la enseñanza del alemán, que hasta ese momento era el idioma de mayor matriculación en las escuelas secundarias, y de más prestigio en el mundo académico. (Cabe recordar que las primeras universidades de investigación en Estados Unidos, como Johns Hopkins, se inspiran directamente en la universidad alemana.) Es como respuesta al gran auge en la demanda del español en estos años que se funda la American Association of Teachers of Spanish (AATS) y su revista *Hispania*, ambas nacidas en diciembre de 1917.⁴

La AATS crece rápidamente; con 400 miembros iniciales, se triplica en cuatro años (Klein 1041). Desde el principio, los líderes de la Asociación asumen con gran seriedad y dedicación lo que ven como su misión y reto principales: no sólo fomentar el aprendizaje del español en todos los niveles del sistema educativo y crear un *esprit de corps* entre todos los profesores de español del país, sino también aumentar el prestigio de la profesión en el mundo educativo norteamericano. Como explica James Fernández, la cúpula de la AATS estaba muy consciente de que la inmensa demanda del español era una espada de doble filo, ya que la popularidad del idioma les *quitaba* prestigio

Dickinson (1814), Harvard (1816), Virginia (1825), Bowdoin (1825), Yale (1826) (Spell 152).

4. La AATS no incorporará a los profesores de portugués hasta los años cuarenta, cuando se convierte en la actual AATSP.

académico a los que se dedicaban a su enseñanza (Fernández 63). Y si los hispanistas decimonónicos todavía podían hacer caso omiso de las veinte naciones al sur del Río Grande, a estas alturas ya nadie podía negar que la demanda multitudinaria por el idioma estaba íntimamente ligada con los intereses cada vez mayores de Estados Unidos en Latinoamérica, y que esos intereses eran, primordialmente, de carácter político y económico.

Ante esta realidad, los líderes de la AATS se empeñaban en enfatizar que, además de su valor comercial y práctico, el aprendizaje del español también surtía valores importantes de carácter *social y cultural*. Con el primer término se referían, sobre todo, al hecho de que el dominio del idioma era un *sine qua non* para la noble causa de la solidaridad hemisférica en torno a valores eminentemente americanos como la libertad individual y la democracia política. En apoyo al argumento del «valor cultural» del español, por otro lado, los hispanistas invocaban la tradición literaria escrita en castellano que, aseguraban, no era menos rica por poco conocida. Para los hispanistas de los años diez y veinte, esta literatura era casi únicamente peninsular; pero aun así estaban convencidos que reflejaba una cosmovisión que no sólo era peninsular sino también latinoamericana. «[F]or a broad and deep comprehension of Spanish America», decía el primer presidente de la AATS, «the first essential is an understanding of the ideals and history of the mother country» (Wilkins 218). Este desplazamiento, según el cual España figuraba, en el imaginario intelectual norteamericano, como la puerta cultural privilegiada a la comprensión de Latinoamérica, era tan común que James Fernández lo tilda de «Longfellow's law»: «interest in the American language called Spanish... was translated in practice into an interest in the language, literature and culture not of Latin America, but of Spain» (50).

Lógicamente, la noción de lo español como origen de lo latinoamericano, junto con la necesidad del hispanismo de consolidarse dentro de las economías de prestigio de la universidad norteamericana,⁵ llevan a una hegemonía de lo peninsular sobre lo latinoamericano, al menos en los años fundadores de la disciplina. En las muchas discusiones entre

5. Al respecto, véase Faber, «Economies of Prestige: The Place of Iberian Studies in the American University», que aparecerá en un número próximo del *Hispanic Research Journal*.

hispanistas sobre la relevancia del español, y sobre la importancia de convencer a los norteamericanos del valor del idioma, la unidad de la cultura y «raza» hispánicas raramente se cuestiona, hasta tal punto que se emplea el adjetivo «Spanish» para referirse a ambos lados del Atlántico. Así, para el primer presidente de la AATS, Lawrence Wilkins, el aprendizaje del español proporcionaba «the key to an understanding of a great race, in Spain and Spanish America, a race that has much to contribute of help to us and the world at large» (217). Y dado que apenas se concebía de lo peninsular y lo latinoamericano como dos campos separados, todavía no se le ocurría a nadie representarse la relación entre ambos en términos de rivalidad.

Aun así, hay los que empiezan a llamar la atención sobre el desequilibrio bibliográfico entre las dos áreas, y sobre la correspondiente necesidad de desarrollar el estudio académico de fenómenos culturales latinoamericanos. Ya en los años diez surgen hispanistas que se perfilan como especialistas en lo latinoamericano. En 1916, Alfred Coester de Stanford publica *The Literary History of Spanish America*, animado a ello por su maestro J. D. M. Ford, de Harvard, quien desde principios de siglo insta a colegas y alumnos a concentrarse en la literatura latinoamericana. Considerar a ésta como una versión de la española, dice Coester en el prólogo, no le hace justicia, ya que su originalidad y significado «spring from the language and history of the Latin American republics», ambas muy distintas de la peninsular (Coester, *Literary* x). Al mismo tiempo, Coester reconoce la dificultad de su empresa literario-histórica, dada la escasez de materiales disponibles en las bibliotecas norteamericanas, y la falta de trabajo hecho en este sentido por los propios latinoamericanos (xi).

Esta situación cambia en los años veinte. Aunque los primeros cursos universitarios dedicados exclusivamente al tema no se dan hasta el año 1908-1909 (los enseña Charles A. Turrell en la Universidad de Arizona) en la década siguiente se multiplican las clases, estudios, y tesis (Leavitt 613). En el campo de los estudios históricos, el hito más importante lo constituye la fundación de la *Hispanic American Historical Review*, en 1918 (aunque, al menos inicialmente, se concebía como una revista que se ocupara tanto de la historia española como de la hispanoamericana; como tal, contaba con el apoyo entusiasta de

españoles prominentes, concretamente de Rafael Altamira).⁶ También se empieza a fomentar el intercambio intelectual. Distinguidos intelectuales latinoamericanos son invitados a pasar temporadas en una universidad estadounidense. En sentido contrario, Sturgis E. Leavitt, de la Universidad de North Carolina, pasa un año en Latinoamérica en 1919-1920, reuniendo materiales bibliográficos. En 1929, Leavitt será miembro fundador del Harvard Council on Hispano-American Studies, dirigido por Ford, que se dedica a publicar estudios sobre Latinoamérica, sobre todo bibliografías.⁷ Será también Leavitt quien, a partir de 1935, publique en *Hispania* listas anuales de tesis doctorales sobre literatura latinoamericana. La primera tesis sobre el tema —un estudio del *Martín Fierro*— se presenta en 1923, en la Columbia University; para el año 1940, Leavitt lista dieciséis acabadas y otras veinte en preparación.

6. Según Charles Chapman, uno de los fundadores de *HAHR*, fue de hecho Altamira quien, en una sesión especial de la American Historical Association en 1915, «suggested the founding of just such a periodical as is now being launched» (9). En una carta dirigida al editor de la *American Historical Review* en el otoño de 1916, Chapman y William Robertson propusieron su plan para una «*Ibero-American Historical Review*» que estaría «devoted to the history (political, economic, social, and diplomatic, as well as narrative) and institutions of Spain, Portugal, and the Latin-American states», y que incluiría artículos «in Spanish and Portuguese... as well as... English» (Chapman 10). Cuando la revista se fundó de forma oficial, en 1916, se decidió que «Hispanic America should be the principal field», aunque «that ought to be interpreted as including the entire Caribbean area and those parts of the United States formerly under Spain and Mexico for the period prior to their annexation to this country» (Chapman 13). No obstante, lo que por fin permitió la creación de la revista fue «the generosity of the Castillian-born, Mr. J.C. Cebrián, for forty-seven years a resident of San Francisco, and a citizen of the United States, who subscribed and paid in the sum of \$2500» (16). También fue Cebrián quien abogó porque el título rezara *Hispanic American* y no *Latin American*. «[T]he term 'Latin', escribió el español, «means 'pertaining to France, Italy, Spain, and Portugal.' It is a fact that neither France nor Italy discovered, settled, or civilized the lands south of the United States. Spain and Portugal, unaided by the other Latin countries, fashioned the new world after their own image. The few spots where Danish, Dutch, or French is spoken, in the West Indian Islands, are negligible quantities compared with the huge mainland areas. The few thousand negroes and negroids who spoil the French language in Hayti can hardly be considered Latin» (Chapman 17). Sobre el importante papel de Rafael Altamira en el movimiento panhispanista de principios del siglo xx, véase Loureiro (72-73).

7. Doyle, «The Work of the Harvard Council on Hispano-American Studies.» *The Modern Language Journal*, Vol. 20, No. 6 (Mar., 1936), pp. 367-370.

En el curso de los años veinte se generaliza la impresión de que las universidades norteamericanas no prestan suficiente atención a la cultura latinoamericana como objeto de estudio independiente de la Madre Patria. Así, el profesor G. W. Umphrey de la Universidad de Washington arguye en 1924 que las actividades culturales e intelectuales de Latinoamérica «no son nada inferiores» a las de Estados Unidos, que hay que enseñar más literatura latinoamericana, y que «Spanish-American literature cannot properly be treated in courses designed for the study of the literature of Spain» («Spanish American» 2, 4). Aun así, Umphrey no cuestiona la superioridad de la cultura española: «This does not mean that in our enthusiasm for a new field of study we go so far as to assert that Spanish-American literature is equal to that of Spain. Such an assertion would undoubtedly be absurd» (2). No obstante, afirma Umphrey, la enseñanza de la literatura latinoamericana «has a practical value that the literature of Spain does not possess», a saber, su papel en forjar «a genuine and lasting friendship between this country and eighteen other American republics» (3).

EL PANAMERICANISMO EN EL HISPANISMO ESTADOUNIDENSE

Es importante señalar que las reivindicaciones de lo latinoamericano de parte de Umphrey y otros, al señalar la esencial *diferencia* de la producción cultural en las antiguas colonias españolas, conciben de esa diferencia como una «americanidad» que, al alejar lo latinoamericano de lo peninsular, lo aproxima a lo estadounidense. De hecho, pues, el ascenso gradual de los estudios latinoamericanos como campo autónomo en la universidad norteamericana está íntimamente ligado a una visión hemisférica cuyo motor ideológico es el panamericanismo. Como escribe Umphrey: «Whether or not it be conceded that complete literary autonomy has been gained, it is surely true that in a large part of Spanish-American literature there is an American spirit that differentiates it from that of the mother country. The literature of Spanish America should be studied, therefore, from the American point of view» («Spanish American» 5). Para Umphrey, «it is our duty as teachers to do all that we can toward making Pan-Americanism a living force in the minds of our students» (3). Y dado que «mutual understanding and appreciation is the only basis for friendship and cooperation among the

American nations» y que «the ideas and ideals of a country can best be studied in its literature», es defensible que se preste «more time to Spanish-American literature that its absolute worth might otherwise justify» (3). Tres años después, Alfred Coester le hace eco, enfatizando que Latinoamérica tiene derecho a sus propias cátedras académicas, en las humanidades así como las ciencias sociales, y además en las universidades de más prestigio:

Courses of study are needed in the older universities which will direct attention to Latin America. And they should be given by professors whose academic standing is dignified by the holding of regularly established chairs. These courses should not be limited to the coldly scientific and historical viewpoint but should include the warmly sympathetic consideration which comes with the study of language and literature. («Practical» 95)

Ahora bien, esta reivindicación de lo latinoamericano en nombre de una visión panamericanista no supone ninguna ruptura con la evolución del hispanismo norteamericano hasta ese momento; constituye más bien un paso lógico. Como ha demostrado Fernández, la misma fundación de la AATS en 1917 es acompañada de una retórica pro-americanista, hasta xenófoba, que subraya la importancia del español para la solidaridad hemisférica y caracteriza su enseñanza y aprendizaje como actividades patrióticas por excelencia —en fuerte contraste con el alemán, que los líderes de la AATS asocian explícitamente con conspiraciones antiamericanistas, y cuyos profesores en efecto ven sus matriculaciones diezgadas—.⁸ En 1918, el primer presidente de la Asociación, Lawrence Wilkins, decía:

The American people of today and of many generations to come will be in no mood to listen to pleas that German be taught so that young Americans may read at first hand Goethe, Schiller, or Lessing.... The German language, the German literature, German art, German universi-

8. Hasta ese momento el alemán contaba, en las escuelas secundarias, con más profesores y alumnos que ninguna otra lengua extranjera. La guerra produce un verdadero terremoto en el paisaje disciplinario: mientras que, entre 1915 y 1922, el alemán pierde el 95 por ciento de sus alumnos en la enseñanza secundaria, los números del español se multiplican por siete (Leavitt 621).

ties, German science, German culture and the entire German civilization have been vastly over-rated here and in other lands. We have had far too much teaching of German in our schools. It was fast becoming the second language of our nation. And I personally believe that it was taught chiefly for the purpose of furthering propaganda originating in Berlin. (207-208; cit en Fernández 55).

En los años veinte, las revistas hispanistas norteamericanas dedican cada vez más atención a la cultura y literatura latinoamericanas. Sin embargo, no es hasta los años treinta que la noción de la cultura latinoamericana como un tema digno de estudio de por sí, y como un campo independiente de lo español, empieza a aceptarse de forma más amplia.⁹ Ya hemos visto la importancia en este proceso del impulso panamericanista; también es de notar que esta independización se conciba y realice, desde el principio, como un proyecto interdisciplinario en que colaboran las humanidades y ciencias sociales. Así, por ejemplo, en 1933 la American Council of Learned Societies (ACLS) crea un comité para explorar un campo que ya se da en llamar «Latin American Studies»; tres años después se publica la primera edición del *Handbook of Latin American Studies*, un compendio interdisciplinario de lo publicado con referencia al tema.¹⁰ Hacia finales de la década el Social Science Research Council sigue el ejemplo de la ACLS, y en 1940 se funda un Joint Committee on Latin American Studies, presidido por el antropólogo Robert Redfield (Berger 55). En el verano de 1939 se organiza un primer «Instituto de Estudios Latinoamericanos» en la Universidad de Michigan; a partir de 1940 varias otras universidades siguen el ejemplo. Para el campo más estrictamente literario, una encuesta realizada en 1939 entre 115 instituciones universitarias estadounidenses indica que sólo un 21 por ciento de las 61 encuestados *no* ofrecía ningún curso de literatura latinoamericana,

9. En 1932, el profesor Umphrey repite su llamamiento de la década anterior: «If one of the main reasons why we believe Spanish should be taught in all our schools is that through the teaching of this language we can help to bring about a better understanding of the 'Other Americans', they, rather than Spain, should receive the larger share of our attention» («Place» 370).

10. El título completo reza: *Handbook of Latin American Studies: A Guide to the Material Published in 1935 on Anthropology, Archaeology, Economics, Geography, History, Law, and Literature* (Ed. Lewis Hanke).

mientras que un 18 por ciento le dedicaba más de 12 horas semestrales (Swain 264).

Hay varios factores que explican este auge de lo latinoamericano en los años treinta: la mayor disponibilidad de materiales de investigación y libros de texto (sobre todo bibliografías e historias literarias), y el aumento correspondiente de clases y tesis doctorales; las visitas y estancias de intelectuales latinoamericanos prominentes en las universidades estadounidenses; y el mayor conocimiento y difusión de la producción cultural latinoamericana, incluida la contemporánea, gracias en gran parte a los esfuerzos de instituciones como la Pan American Union.¹¹ Ésta, ya en 1928, crea una Division of Intellectual Cooperation dedicada al fomento de la solidaridad y comprensión hemisféricas mediante el intercambio de ideas, estudiantes, profesores y personalidades culturales (Leavitt 614). Pero el factor decisivo lo constituye la tremenda inversión en el panamericanismo de parte del gobierno federal estadounidense, que en 1933-1934 lanza la Good Neighbor Policy (GNP). Lo que distingue la Política del Buen Vecino de las olas panamericanistas anteriores, y lo que facilita la cooptación de los intelectuales y educadores conservadores tanto como liberales (y, en ocasiones, progresistas y radicales) no es sólo la idea de que la amistad entre Norte y Sur deba verse como una relación de igual a igual, sino precisamente su énfasis en el intercambio cultural e intelectual (Berger 47-55). Bajo el liderazgo apasionado de personalidades como Nelson Rockefeller y Ben Cherrington, y con el apoyo de poderosas fundaciones privadas (Carnegie, Guggenheim y, de nuevo, Rockefeller), los aparatos culturales de la GNP fomentan una revalorización de la cultura latinoamericana como un fenómeno rico y complejo, digno de conocimiento y estudio, y, sobre todo, informado por los mismos valores y preocupaciones que la cultura estadounidense. Esta «subida de valor» de lo *americano*, ahora ya entendido en términos hemisféricos, es acompañada de una progresiva desvalorización de Europa, que parece cada vez más encaminada al ocaso, si no al desastre cultural y político.

Dados estos cambios generales en la economía de prestigio cultural, dentro del hispanismo crece el interés por lo latinoamericano al mismo

11. La Pan American Union era el secretariado de la Unión de Repúblicas Americanas, fundada en 1910, y que en 1948 se transformaría en la Organización de Estados Americanos

tiempo que disminuye la atención prestada a España. («Europe is doomed», reza el diagnóstico contundente del profesor Henry E. Hein en un artículo de 1936 en *Hispania* [9]). El estallido de la Guerra Civil española en el verano de 1936 sólo logra reforzar esta tendencia. No sólo porque dificulta los viajes a la Península y los contactos intelectuales,¹² sino también porque la guerra, en cuanto fenómeno político de gran potencial divisorio, se convierte en un tema tabú para los hispanistas norteamericanos en el momento preciso en que los debates al respecto empiezan a dominar la esfera pública de Estados Unidos (Faber, «Economies»). En este contexto no es casual que, en 1938, un grupo de hispanistas prominentes norteamericanos, varios de los cuales son líderes veteranos de la AATS, se junten con un puñado de universitarios latinoamericanos para fundar, en la Ciudad de México, el Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana y su *Revista Iberoamericana*. Ambas instituciones parten del principio de la autonomía de la literatura iberoamericana como objeto de estudio académico; aunque aquí también, la emancipación del manto panhispanista sólo se logra, al menos al principio, acogiéndose al panamericanismo (Faber, «Hora»).

RIVALIDAD Y ANTAGONISMO

La subida de lo latinoamericano implica, claro está, una modificación del valor relativo de lo peninsular, pero sería un error presuponer que haya un rechazo de la cultura y literatura españolas de parte de los hispanistas norteamericanos. Ya vimos cómo Umphrey, al abogar por la enseñanza de la literatura latinoamericana, reafirma la superioridad de la española. De la misma forma, los estudios latinoamericanos se conciben como una *expansión* del hispanismo, y nunca como *sustituto* de lo español. De hecho, hay los que se ofenden por lo que ven

12. «Interest in Latin-American affairs has, without doubt, increased greatly recently», James O. Swain escribe en *Hispania* en 1939; «There are many reasons, other than the real worth of such interest, leading to this most recent move toward a better understanding of our neighbors to the south. The civil war in Spain has made it increasingly difficult for us to keep contact with literary, social, and political affairs in the mother country. The good-will trips made by our last two presidents to Latin America have accelerated our turning from Spain to Spanish America» (263).

como un exceso en la celebración de lo latinoamericano a expensas de lo ibérico, tendencia que creen promovida por los panamericanistas gubernamentales. Así, en 1944, en una carta abierta a Nelson Rockefeller, Christopher Espinosa de la Universidad de Omaha denuncia lo que considera «a dangerous attitude on the part of certain speakers now touring the country as spokesmen for Inter-Americanism», que tienden a minimizar «the literature of Spain as a means of pushing the study of Latin American literature in our schools» (Espinosa 344). Al parecer, un conferenciante había cuestionado la utilidad de enseñar el *Quijote*, alegando que «there is nothing in it leading to a better understanding of the people of Latin America»: «It is like a foreigner trying to know the American people through the study of Shakespeare» (344). Para Espinosa, esta postura no era sólo absurda («It is impossible to explain the literature of Latin America before the contemporary period, without first understanding the literature of the mother country») sino que socavaba el prestigio ganado con tanto esfuerzo durante las últimas décadas: «The Spanish Golden Age and the modern literature of Spain still constitute and are bound to constitute for some time to come the strongest reason for keeping the study of Spanish on a par with the other modern languages in our country» (344). Además, advertía que fomentar la rivalidad interna dentro del campo hispanista sólo beneficiaría a los «muchos enemigos» del español en el mundo de la educación. Dado lo que estaba en juego, escribe Espinosa, «the discussion of the relationships between the two literatures, their comparative merits, and the place each one should be given in the curriculum, should be left entirely to experts. It is too delicate a matter for any layman to handle» (345). (En una nota política poco frecuente en la época, agrega: «Let us not keep Latin American away from immortal Spain but from Franco, who is Spain's and Latin America's worst enemy» [345].) De todas formas, la alarma de Espinosa era prematura: no dura mucho la incipiente dominación de Latinoamérica en el hispanismo norteamericano. Como es sabido, a partir de los años cuarenta los departamentos de español acogen a cientos de intelectuales españoles exiliados a raíz de la victoria de Franco; y con su presencia se vuelve a consolidar la hegemonía de lo peninsular.

Al mismo tiempo, sin embargo, se incrementa el mutuo antagonismo. De hecho, es en los años cuarenta a sesenta que se produce la

verdadera escisión en la evolución de los dos campos hasta el punto que el término «hispanismo» deja de cubrirlos a los dos. Como se sabe, durante la guerra fría es Latinoamérica la que suscita el mayor interés político y económico, mientras los estudios peninsulares sufren bajo el peso del franquismo, que aísla no sólo a España sino también a los que se dedican a su estudio.¹³ Y mientras que los estudios latinoamericanos atraen a grandes números de humanistas y científicos sociales y, a partir de los sesenta, el campo empieza a cobrar un manifiesto perfil progresista, el hispanismo peninsular, que siempre había atraído a académicos católicos y más bien conservadores, sigue marcado por cierto conservadurismo metodológico y político. Hay que recordar que los intelectuales españoles que pudieron entrar a Estados Unidos eran, en su mayoría, antifranquistas; pero no eran, ni mucho menos, los más radicales entre los adictos a la República. (La mayoría de los militantes comunistas y anarquistas, a los que se les solía negar la entrada a EE.UU., acabarían en Latinoamérica, Francia y la URSS.) Más importante, educados como estaban muchos en la filología positivista y castellanocentrista del Centro de Estudios Históricos de Ramón Menéndez Pidal, estos intelectuales españoles se veían a sí mismos como embajadores de su propia cultura —tan vilipendiada durante tantos años— a la que reivindicaban como una fuente única de valores espirituales en un mundo cada vez más materialista. Enfrascados en esa lucha, no se les ocurría cuestionar la unidad esencial del mundo hispanohablante, ni la hegemonía, dentro de él, de lo español (Faber, «Economies»¹⁴).

13. «As the study of Peninsular culture became irrelevant during the Cold War, the ideological windfall went to the Latin Americans» (Resina, «Discontents» 117).

14. La relación de los intelectuales españoles exiliados con la cultura latinoamericana es demasiado compleja para tratar aquí. No es verdad, por ejemplo, que Latinoamérica no les interesara. Así, por ejemplo, Américo Castro publicó, poco después de llegar a Estados Unidos, un estudio sobre el tema (*Iberoamérica, su presente y su pasado*, 1941). De la misma forma Federico de Onís, que como Castro y muchos otros exiliados estaba ligado con la Junta para Ampliación de Estudios y el Centro de Estudios Históricos de Menéndez Pidal, y que ya se había instalado en Columbia University en los años veinte, hizo mucho por fomentar el estudio de la literatura de Latinoamérica (véanse, por ejemplo, los primeros volúmenes de la *Revista Hispánica Moderna*). Lo importante, sin embargo, es que la mayoría de los intelectuales españoles (incluido Castro) no podían por menos de concebir de Latinoamérica y su cultura como una extensión o variación de la española (Faber, «Economies»).

Como ha argüido Joan Ramon Resina, en los años cuarenta y cincuenta esta ideología hispanista se compaginaba bastante bien con las tendencias predominantes en las demás disciplinas humanísticas de la universidad estadounidense, sobre todo los departamentos de inglés, cuya concepción de la cultura era, en esencia, arnoldiana. Como recuerda Richard Ohmann en un ensayo autobiográfico revelador, en las dos primeras décadas de la guerra fría los estudios literarios en Estados Unidos se consideraran como bastiones culturales en una sociedad filistina; pero en la práctica estaban casi completamente despolitizados (Ohmann 87). Ahora bien, cuando en los años sesenta se produce una revolución intelectual que acabará por politizar gran parte de las humanidades y ciencias sociales —incluidos los estudios latinoamericanos: es entonces, por ejemplo, que se fundan LASA y NACLA (Berger 93, 111)— los estudios peninsulares se quedan al margen. Como arguye Resina, la resistencia hispanista ante la politización de las demás humanidades se debía en parte al sustrato imperialista de la disciplina, es decir, a los fundamentos ideológicos del hispanismo no sólo como campo de investigación sino visión del mundo: «Locked in the historicist and philological traditions in which it produced its best work, Cold War Hispanism sidestepped historical materialism, feminism, class, race, and minority issues, all of them congruous with the critique of Spain's imperial past» («Cold War» 72).

LOS ESTUDIOS TRANSATLÁNTICOS Y OTRAS RENOVACIONES PENINSULARES

El hispanismo peninsularista tardó varias décadas en salir de este aislamiento. En verdad ha sido sólo en los últimos diez o quince años que la disciplina ha empezado a cuestionar sus propias bases ideológicas y a formular paradigmas alternativos. Cruciales en este proceso han sido varias colecciones de ensayos, entre otras las editadas por Danny Anderson en 1996, por Mabel Moraña en 2005 y por Brad Epps y Luis Fernández Cifuentes en el mismo año. Otro factor clave ha sido el auge de los estudios culturales peninsulares, originado en Inglaterra, inaugurado con la colección seminal de Helen Graham y Jo Labanyi, y consolidado con la fundación del *Arizona Journal of Hispanic Cultural Studies* en 1997 y el *Journal of Spanish Cultural Stu-*

dies tres años después.¹⁵ Por un lado, estas olas renovadoras cabe verlas como respuesta ante los cambios generales en los mundos universitarios europeo y estadounidense —además de, por supuesto, los profundos cambios sociales, políticos y culturales que han venido transformando a la propia España durante las últimas tres décadas—. Por otro lado, sin embargo, también se trata de intentos conscientes por revigorizar el hispanismo como disciplina académica y restablecer el contacto con las corrientes principales de las humanidades y ciencias sociales en el mundo universitario occidental (Graham y Labanyi v-vi).

Gracias a estos esfuerzos, los avances durante los últimos diez años han sido considerables, no sólo con respecto a la redefinición y ampliación del objeto de estudio hispanista —incluyendo sobre todo a fenómenos populares y de masas— sino el auge de las perspectivas interdisciplinarias.¹⁶ Aun así, el mayor logro quizá haya sido la revelación —y devastadora crítica— del sustrato ideológico de la filología hispanista tradicional: el nacionalismo cultural que lo ha informado desde principios de siglo, y que parte de una noción del mundo hispanohablante como entidad homogénea, monolingüe y, en última instancia, originada en Castilla. Algunos han argüido que ya es hora de que se abandone para siempre el término de «hispanismo», contaminado como está por este bagaje ideológico (Faber, «Hora»; Shumway). Resina, por su parte, aboga desde hace varios años por un nuevo paradigma post-hispanista llamado «estudios ibéricos»: «a new discipline that would incorporate the various cultures of the Iberian Peninsula in a non-hierarchical way» («Cold War» 100). Así como el proyecto de los *Spanish Cultural Studies*, este cambio paradigmático tiene como uno de sus objetivos principales regenerar un campo aquejado por un crónico anacronismo y así parar, o incluso contrarrestar, «the steady erosion of Peninsular Studies» en las universidades estadounidenses.

Es también a mediados de los años noventa cuando surge una tercera propuesta renovadora, que se propone como objetivo principal volver a tender un puente intercontinental entre las dos ramas del antiguo hispanismo. Radicado en un descontento con la separación disciplina-

15. En la misma línea cabe mencionar a la colección de Barry Jordan y Rikki Morgan-Tamosunas y la enciclopedia de Eamonn Rodgers.

16. La colección de Graham y Labanyi, por ejemplo, reúne a historiadores, sociólogos, politólogos y críticos literarios.

ria entre lo peninsular y lo latinoamericano —considerada artificial y contraproduktiva¹⁷— y con la posición crónicamente subalterna de los estudios latinoamericanos en la universidad española,¹⁸ los «estudios transatlánticos» buscan trascender el paradigma hispanista tradicional de otra manera, partiendo de una nueva concepción de las relaciones entre España, Latinoamérica y Estados Unidos. Como los estudios culturales y los estudios ibéricos, los «transatlanticistas» rechazan el legado imperialista del hispanismo, pero lo hacen para concentrarse en las interacciones dinámicas y conflictivas entre la metrópoli y sus antiguas colonias. Uno de los proponentes más activos de este paradigma ha sido Julio Ortega, de la Universidad de Brown. Después de dos encuentros preparatorios a mediados de los años noventa, Ortega inauguró en 1999 el Proyecto Transatlántico, informado por «la hipótesis en construcción de una cultura del intercambio y el mestizaje entre España y las Américas» (Presentación 105), que ha dado pie a una serie de encuentros académicos y dos secciones especiales en la revista *Iberoamericana* (en 2003 y 2006).

Para finales de los noventa, el adjetivo «transatlántico» ya había empezado a aparecer en las descripciones de los puestos de trabajo; parece que Stanford fue la primera universidad en usarlo, por el año 97 o 98. Desde entonces el término ha prosperado; la *MLA Job Information List* de noviembre de 2006 contenía unos ocho anuncios para puestos en departamentos de estudios hispánicos que pedían alguna preparación transatlántica. A pesar de esta popularidad del concepto, sin embargo, no queda muy claro en qué exactamente consisten los estudios transatlánticos. Aparte de que el adjetivo marítimo puede resultar confuso y un poco ridículo, el campo está prácticamente sin definir. Como indican Francisco Fernández del Alba y Pedro Pérez del Solar, el paradigma transatlántico ha suscitado reacciones escép-

17. Para Ortega, hay que «superar la lamentable división de áreas ‘peninsular’ e ‘hispanoamericana’, que ha envejecido en la rutina y ha vuelto grises, sin raíces y sin frondas, a los textos más relevantes; aquellos, precisamente, que se entienden mejor en su inclusividad y mestizaje» («Post-Teoría» 113-114).

18. Así, habla Ortega de «la vieja cerrazón de la academia española, cuya historia filológica se confunde con el cacicazgo y no sólo requiere ser puesta al día sino confrontada en su canon convencional y en su impermeable positivismo ultramontano», cuyos representantes, por ejemplo, «No han asumido aún que la modernidad española es una historia cultural atlántica» (Presentación 106).

ticas y sospechas no siempre infundadas. Algunos lo ven como una treta administrativa disfrazada de novedad intelectual, pensada para consolidar especializaciones y reducir las plantillas departamentales. Otros lo rechazan como un intento de canibalización disciplinaria, de parte del peninsularismo o bien del latinoamericanismo. Hay los que lo denuncian como una mera concesión a las fuerzas del mercado (sea la demanda editorial o las preferencias de los estudiantes); para otros es un simple caso de vino viejo en odres nuevos (Fernández del Alba y Pérez del Solar 99).

Aunque todavía es pronto para juzgar la viabilidad a largo plazo de los estudios transatlánticos como nuevo paradigma, sí es posible hacer un balance tentativo. Para empezar, hay que distinguir entre varias propuestas diferentes. Para Julio Ortega, el Proyecto Transatlántico busca, sobre todo, repensar la historia cultural dentro del marco triangular España-Latinoamérica-Estados Unidos, al mismo tiempo que el paradigma manifiesta un alejamiento del auge de la alta teoría de los años ochenta y noventa, un «retorno del Sujeto como agente de la memoria» y una «vuelta al texto» (Presentación 105).¹⁹ De ahí que, para Ortega, el motor del proyecto sea, sobre todo, textual y temático. Como ejes principales del proyecto señala la época colonial; «el español en Estados Unidos y los discursos de la migración hispánica»; la «memoria atlántica»; las vanguardias históricas; los exilios; la traducción; y la literatura de viajes (Presentación 105-106).²⁰ De forma similar, los encuentros transatlánticos en la Universidad de Brown se han organizado en torno a temas específicos y personalidades literarias prominentes (Carlos Fuentes, Eduardo Mendoza, José Emilio Pacheco, Damiela Eltit).

19. Como escribe Ortega: «en torno a este fin de siglo, el predominio de los grandes modelos teóricos fue excedido por su misma conversión en sistema de autoridad. Pero ello no hubiese sido posible sin el intenso cuestionamiento de la voluntad de verdad que esos modelos ejercían desde su posición centralizadora; fueron derivando en moneda corriente, mero poder académico, y novedad mediática» («Post-Teoría» 99).

20. En las dos secciones dedicadas al tema que han dirigido Ortega y otros para la revista *Iberoamericana*, en 2003 y 2006, se han incluido estudios sobre viajes de latinoamericanos a España, revistas culturales, la mercantilización de la identidad hispana, la novela negra, postdictadura y crítica cultural, y la ética y política en la narrativa.

Si el proyecto de Ortega, más allá de proponer un regreso al Texto y al Sujeto, se desvincula de posiciones teóricas determinadas, Joseba Gabilondo —editor de una sección especial dedicada al tema en la *Arizona Journal of Hispanic Cultural Studies* (2001)— se plantea el transatlanticismo, en cambio, como una empresa teórica por excelencia. Para él, el «Hispanic Atlantic» constituye nada menos que una reconfiguración paradigmática que revolucione la forma de pensar conceptos fundamentales como «modernity, race, postmodernism, globalization, sexuality, postcolonialism, subalternity, gender, and class» (93). En una palabra, Gabilondo se propone hacer para el campo hispanista y latinoamericanista lo que Paul Gilroy, con *The Black Atlantic* (1993), hizo para el mundo anglosajón. Al mismo tiempo que se inspira en Gilroy, sin embargo, también lo rechaza, dado que *The Black Atlantic* reincide en la laguna crónica del mundo académico angloparlante, dejando a lo hispano fuera de toda consideración.²¹

De ahí, afirma Gabilondo, que les toque a los estudios peninsulares, latinoamericanos y latinos repensar —e incluso reivindicar— lo atlántico desde una perspectiva netamente hispana. En este contexto, los estudios transatlánticos no serían tanto una corrección de ciertos excesos teóricos, como quiere Ortega, sino, al contrario, una (re)hispanización de la teoría. «[T]he goal», dice Gabilondo, «is to reverse the traditional and unidirectional flow of theoretical production from the Anglo-American to the Hispanic world, so that the theorization of the Hispanic Atlantic interpellates and repositions most Anglo-American discourses as well as their geopolitical grounding» (93). Una de las consecuencias más importantes de esta hispanización del Atlántico sería una periodización radicalmente diferente de la asumida por la crítica anglosajona (y seguida por algunos latinoamericanistas).²² Si ésta, partiendo de la colonización inglesa y francesa, sitúa el final de la modernidad y el comienzo de la postmodernidad y la poscolonialidad en la segunda mitad del siglo xx, desde una perspectiva hispana el inicio de la postmodernidad y

21. «From a Hispanic position one cannot but conclude that Hispanic modernity is also vacated from Gilroy's work so that modernity becomes British (as well as German and French) development» (Gabilondo 100).

22. Así, por ejemplo, en la obra de Walter Dignolo «Anglo-American postcoloniality remains, unconsciously, the universal condition of postcoloniality» (Gabilondo 102).

postcolonialidad cabría situarlo mucho antes, en pleno siglo XIX. Es más:

[...] the idea of postmodernity can be redefined from a Hispanic and Latin American position not so much as the condition of the end of modernity (from within the West) but rather as the end of modernity from outside of the West. Therefore the first subjects and cultures acknowledging the end of modernity and the impossibility of modernity are situated in the West but outside the West, that is, in Latin America and Spain. (104)

Las propuestas de Gabilondo son ambiciosas y necesarias. Al mismo tiempo, sin embargo, en su resistencia a las definiciones hegemónicas y anglosajonas de la modernidad, la postmodernidad y el postcolonialismo, se ve tentado a invocar una noción de lo «hispano» que resulta, en el mejor de los casos, dudosa —sobre todo en cuanto reclama, en su nombre, una «preeminencia» histórica, social y económica sobre el mundo anglosajón (104)—. Para Gabilondo, «Hispanic postmodernity appears as a non-hegemonic, early stage of a later global/Anglo-American postmodernity which becomes hegemonic as a result of its success in commodifying non-Western cultures and societies» (105). Como digo, la noción es original y atrevida; pero el riesgo mayor de este uso de lo «hispano», por más que se emplee como arma contrahegemónica, es que vuelva a incorporar el imperialismo inherente en la noción de la Hispanidad.

Como demuestra el caso de Gabilondo, entonces, el reto más difícil de los estudios transatlánticos es superar el legado hispanófilo e hispanista, para el cual la hegemonía de la lengua castellana refleja la unidad de España y Latinoamérica no sólo como realidad histórica sino como ideal político y cultural. Si las posturas antiimperialistas e independentistas siempre corren el peligro de recaer en un nacionalismo cultural romántico, es fácil que las propuestas transnacionales acaben restableciendo, en plan académico, antiguas relaciones imperiales. En otras palabras: si detrás de los estudios interamericanos siempre acecha el panamericanismo —cuya persistencia queda manifiesta en la historia institucional del latinoamericanismo en Estados Unidos (Berger)—, cualquier intento de reunir bajo un solo proyecto académico a lo peninsular y latinoamericano invita, de

modo similar, un regreso, por más subrepticio que sea, de antiguos fantasmas panhispanistas.

Hasta cierto punto, Gabilondo es consciente de este peligro, afirmando por ejemplo que «any contemporary theorization of the Atlantic is also historically a continuation of a colonial and modern experience» (100). Lo que también protege al proyecto de Gabilondo de hispanismos idealistas es su visión profundamente desencantada del tráfico transatlántico y de las relaciones entre España y sus antiguas colonias. Si el hispanismo tradicional sólo es capaz de ver ese tráfico como la feliz confirmación de antiguos lazos fraternales y «espirituales», para Gabilondo el Atlántico fue y sigue siendo, ante todo, un vehículo de subyugación: «Far from being able to envision a new Atlantic utopia, the Hispanic Atlantic resituates the history of imperialism and modernity while highlighting the fact that modernity was simply a phase in a larger and longer history of imperialisms that we must continue to theorize and challenge» (111). En este sentido poco ha cambiado desde el siglo xvi: «the Hispanic Atlantic is becoming the site of many new subaltern reorganizations in which race and ethnicity are being redeployed in ways that do not point to a new utopian, postnational order: from internal colonialism (nationalism) to globalization» (111).

Donde más acechan los fantasmas hispanistas es en los discursos académicos de la universidad española, y sobre todo en las iniciativas estatales y diplomáticas originadas en Madrid. Cabe mencionar aquí el ambiguo papel del Instituto Cervantes. Fundado hace década y media en la fiebre del Quinto Centenario y el optimismo de la España del primer Felipe González, la misión del IC borra deliberadamente la frontera entre *lengua española* e *intereses españoles*. Financiado por el Estado español —en 2005 contaba con un presupuesto de 80 millones de dólares (Instituto 67-72)— define su misión como «la promoción y la enseñanza de la lengua española y [...] la difusión de la cultura española e hispanoamericana». Así, fomentar el aprendizaje del castellano cumple un servicio aparentemente panhispanico, pero siempre lo hace desde el presupuesto de que la importancia, presencia y prestigio del idioma tiene una relación directa con la posición internacional del Estado-nación español, al que también se considera, tácitamente, como centro normativo en términos lingüísticos y cul-

turales.²³ De allí el enorme interés que ha tenido para el Cervantes la «latinización» de Estados Unidos —fenómeno en principio bastante ajeno a la España de hoy, y en tensión con la «ideología de origen» que subyace a toda la empresa del Instituto—. Para el Instituto Cervantes, en cuanto institución española, el auge mundial de la lengua española constituye un motivo de orgullo y una gran oportunidad económica-cultural.²⁴

Por un lado, fantasmas panhispanistas como éstos amenazan la integridad intelectual de los estudios transatlánticos. Por otro, es precisamente el marco transatlántico —en cuanto *reconcepción* de la relación entre España, Latinoamérica y Estados Unidos e *investigación* de discursos e instituciones transnacionales— el que permite identificar y

23. A través del IC, el Ministerio de Educación y Ciencia español administra y otorga los Diplomas de Español como Lengua Extranjera (DELE), y organizar los exámenes para su obtención.

24. En 2002, decía el entonces director del Instituto, Jon Juaristi: «El español es la cuarta lengua más hablada del mundo, tras el chino, el inglés y el hindi, y las previsiones apuntan a que los 400 millones de hablantes de hoy se convertirán en al menos 550 millones a mediados de siglo. Además de este crecimiento demográfico, el español es una lengua muy homogénea, con una extraordinaria pujanza cultural y una de las escasas lenguas internacionales que hay en la actualidad, lo que la convierte en muy atractiva para millones de estudiantes en todo el mundo. En Francia, el español y el inglés dominan casi por completo el aprendizaje de idiomas en el sistema educativo, en Alemania lo estudian dos millones de personas, pero les gustaría aprenderlo a nueve millones y medio, en Estados Unidos lo estudian dos de cada tres universitarios que aprenden idiomas y en Brasil se ha convertido casi en una segunda lengua. Son sólo algunos ejemplos de una tendencia generalizada, porque, como dicen los universitarios norteamericanos, el español es una lengua práctica» (García Durán). De forma similar, en la inauguración de una nueva sede del Instituto Cervantes en la víspera del 12 de octubre de 2006, el día de la Hispanidad, el ministro de Asuntos Exteriores español, Miguel Ángel Moratinos, caracterizaba al español como «idioma de la paz»: «La cultura iberoamericana y el español se aprecian en la comunidad internacional, porque hemos comprometido nuestra palabra para albergar esperanzas de paz y de diálogo en conflictos iberoamericanos, en el Mediterráneo y Oriente Próximo [...]. El español es un idioma identificado con la acogida y con las buenas prácticas en la integración de nuevos ciudadanos. Está unido a la gestión responsable e integral de flujos migratorios y allana el camino para racionalizar desequilibrios demográficos [...]. El valor de la cultura iberoamericana, la visibilidad de nuestra comunidad en la realidad internacional y la pujanza creciente de España en el ámbito internacional, nos encomiendan la compleja tarea de construir el signifiante y el significado del español en el mundo del siglo XXI» (Moratinos).

denunciar estas trampas ideológicas.²⁵ En la práctica, las mejores pruebas de la viabilidad de las aproximaciones transatlánticas las constituyen el trabajo hecho hasta la fecha y el que aún queda por hacer. Entre las líneas de investigación ya abiertas, cabe destacar la labor hecha en los estudios coloniales, las historias intelectuales de los siglos XIX y XX, en específico los estudios exílicos y diaspóricos y el análisis transatlántico de las vanguardias. Para la época contemporánea, el mejor argumento a favor de la perspectiva transatlántica lo constituyen varios procesos culturales, políticos y económicos muy concretos cuya importancia es imposible negar y que, en su mayoría, suscitan más sospechas que esperanzas. Así, Gabilondo señala el hecho de que «Spain has become, after the United States, the second largest investor in Latin America»; y que hay una emigración cada vez mayor de latinoamericanos a España, donde engrosan las filas de un contingente laboral subalterno, explotado, y en gran parte indocumentado (Gabilondo 91). Estos y otros fenómenos transatlánticos se nos presentan como temas urgentes de estudio y reflexión.

Para terminar, pues, me gustaría destacar —breve y eclécticamente— cinco áreas de investigación donde todavía hay mucho trabajo que hacer. Los primeros dos serían los que acabo de mencionar: el tráfico humano de América Latina a la antigua Madre Patria, y el tráfico económico en sentido inverso. Los dos han venido alcanzando dimensiones significantes en años recientes. En enero de 2003, el Instituto Nacional de Estadística estimaba que había más de un millón de inmigrantes latinoamericanos en España, más que la mitad sin papeles. Aunque sólo se trata de un dos o tres por ciento de la población, es la mayor comunidad latina fuera de las Américas. La sociedad española todavía no ha encontrado la forma de acomodar a estos inmigrantes, como demuestran los disturbios recientes en Alcorcón, un suburbio de Madrid, donde pandillas «latinas» se enfrentaban en luchas callejeras con grupos de jóvenes españoles (Narcía). Una versión auténticamente global de los Estudios Latinos debería incorporar a esta diáspora postcolonial dentro de un marco comparatista.²⁶

25. Como escriben Fernández del Alba y Pérez del Solar: «está en manos de los estudios transatlánticos desesencializar lo hispano, deconstruir las elaboraciones colonialistas de las relaciones entre la Península e Hispanoamérica [...]» (103).

26. Entre los trabajos pioneros hechos en este sentido, cabe mencionar «Inmigración latinoamericana en España: estado de la cuestión» por Sandra Gil Araújo, de la Florida International University.

En lo que respecta al tema segundo, es imposible exagerar el impacto de inversiones latinoamericanas de compañías multinacionales de origen español, que durante los últimos diez o años han llegado a ser gigantescas.²⁷ Dentro de este marco, sería de particular importancia investigar las consecuencias de la «panhispanización» de la industria cultural —o, lo que viene a ser lo mismo, su globalización hispanizada. El Grupo PRISA, empresa madre del Grupo Santillana y Alfaguara, no sólo tiene sucursales en todos los países de habla hispana, sino que también tiene un segmento de mercado vez mayor en Estados Unidos, donde ha invertido, entre otras cosas, en la versión hispanohablante de la cadena Fox.²⁸ Su principal competidor, el Grupo Planeta, también se ha establecido firmemente en el mercado editorial latinoamericano; es propietario de Emecé, Joaquín Mortiz, entre otros. Y también Planeta ha entrado al mercado norteamericano.²⁹

Un tercer tema transatlántico por excelencia sería el análisis crítico de historias institucionales en relación con los discursos identitarios. Queda por investigar la génesis y evolución transatlánticas (de España a Latinoamérica a Estados Unidos y viceversa) de los discursos sobre la hispanidad y la latinidad en universidades, editoriales, asociaciones, medios de comunicación, estados y organizaciones políticas, desde la independencia de las naciones latinoamericanas hasta la época contemporánea. Las obras seminales en este sentido son los estudios de Van

27. Entre 1990 y 1998, la inversión española en Latinoamérica y el Caribe se multiplicó por diez, de 1.300 millones de dólares a 13 mil millones. «The main trends of Spanish investment in Latin America during the 1990's respond to an expansion of financial activities, a significant increase in investment in the oil and telecommunications sectors and particularly in the air transport and electrical energy sectors, but little investment in manufacturing industries. Spanish investments have consisted, above all, in the purchase or increase in the capital of existing companies and many investments were made through holding companies. These transactions were mainly carried out by a small number of oligopolistic Spanish companies or state-owned» (Sistema). Según otro informe, la inversión española en Latinoamérica y el Caribe era de 733 millones de dólares anuales para el período de 1990-1994; para el período de 1995-1999, subió a un promedio de 9.5 mil millones de dólares anuales (*Integration* 24).

28. En 2005, un 25 por ciento de sus ingresos —unos 370 millones de un total de unos 1,500 millones de euros— eran «internacionales» (PRISA).

29. En este contexto es importante el trabajo de Martín Becerra y Guillermo Mastrini sobre la concentración de poder en los mundos mediáticos de Latinoamérica, y el de Mario Santana y Jill Robbins sobre la internacionalización del mercado editorial español.

Aken y Pike; entre las contribuciones más recientes cabe mencionar *Bridging the Atlantic* (1996), colección editada por Marina Pérez de Mendiola.

El cuarto tema está relacionado al tercero: habrá que estudiar con más detenimiento las solidaridades y alianzas políticas transatlánticas, incluidas las no gubernamentales, y la circulación y evolución de ideas, tácticas y estrategias de lucha, de izquierdas tanto como de derechas. Todavía hay mucho que hacer, por ejemplo, en el análisis de los lazos entre los anarquismos español y latinoamericano³⁰; las redes transatlánticas de organizaciones comunistas, estalinistas tanto como antiestalinistas; las alianzas iberoamericanas del catolicismo militante; y el falangismo/fascismo y frentepopulismo como fenómenos transatlánticos. Dentro de este marco cabrían, por ejemplo, la función del concepto de Hispanidad en el discurso legitimador de Trujillo y las relaciones entre Franco y Pinochet; pero también la repercusión cultural y política de la Revolución Mexicana en España y, viceversa, y de la Segunda República española en Latinoamérica.³¹ Un subtema de este apartado sería el estudio de la evolución transatlántica de los discursos diplomáticos, y de «tradiciones inventadas» como la celebración del 12 de octubre o, más recientemente, las Cumbres Iberoamericanas y los Congresos de la Lengua Española (Rachum, Escudero, Gratius).

Como tema quinto y final, subrayaría la necesidad de profundizar el estudio comparativo y transatlántico de la sociedad postdictatorial, con un énfasis en las dinámicas sociales, políticas y culturales de la memoria histórica y justicia transicional. Como es sabido, durante mucho tiempo se consideró a España como un caso modélico de transición democrática; hoy, las prácticas y experiencias de naciones como Chile, Argentina y Sudáfrica sirven más bien para resaltar las deficiencias del caso español —concretamente, la falta de reconciliación, la institucionalización de la impunidad y el no cumplimiento de importantes acuerdos internacionales de derechos humanos—. Es conocida la importancia que ha tenido el juez Baltasar Garzón para el caso Pinochet; es tentadora la idea de un Garzón chileno que forzara una Comisión de la Verdad española, como

30. Entre los estudios existentes, cabe destacar los de Gómez, Rama y Cappalletti y Litvak.

31. La bibliografía básica sobre estos temas incluye los trabajos de Pérez Montfort, Linhard, Faber (*Exile*), Schuler, Powell, y Pike / Falcoff.

pide Amnistía Internacional (y como ya se ha establecido en la Comunidad Valenciana [Bono]). En las ciencias políticas ya existen importantes estudios comparativos (Wiarda) y está realizándose un proyecto transatlántico en torno al tema coordinado por el historiador español Julián Casanova (Universidad de Zaragoza) junto con Patricia Flier (Universidad de Buenos Aires) y Patricia Funes (Universidad Nacional de la Plata). Sin embargo, aún queda mucho que hacer, sobre todo en relación a la función de la literatura, el cine y el arte en la digestión del pasado nacional conflictivo y el proceso de reconciliación.

Sólo he mencionado cinco temas; desde luego hay muchos más. Como decía, me parece que Estados Unidos es el lugar idóneo desde donde emprender estas líneas de investigación transatlánticas, porque no hay otro ambiente universitario donde los estudios peninsulares, latinoamericanos y latinos estén tan bien representados y cuenten con tantos recursos. Al mismo tiempo, el éxito del transatlanticismo dependerá de la medida en que la universidad norteamericana sepa trascender su tendencia al provincianismo —la suposición de que no hay producción académica digna de consideración que no esté publicada en Estados Unidos y en inglés—, y establecer lazos de cooperación e intercambio intelectual multilingüe con las comunidades universitarias en Latinoamérica y Europa.

OBRAS CITADAS

- ANDERSON, Danny J. «Cultural Studies and Hispanisms». *Siglo xx/Twentieth Century* 14.1-2 (1996): 5-13.
- AVELAR, Idelber. «The Clandestine Ménage à Trois of Cultural Studies, Spanish, and Critical Theory». *Profession* (1999): 49-58.
- BECERRA, Martín y Guillermo MASTRINI. *Periodistas y magnates. Estructura y concentración de las industrias culturales en América Latina*. Buenos Aires: Instituto Prensa y Sociedad/Prometeo Libros, 2006.
- BERGER, Mark T. *Under Northern Eyes: Latin American Studies and U.S. Hegemony in the Americas 1898-1990*. Bloomington: Indiana University Press, 1995.
- BONO, Ferrán. «Valencia lanza una Comisión de la Verdad sobre el franquismo». *El País* (10 de febrero de 2007), <http://www.elpais.com/articulo/espana/Valencia/lanza/Comision/Verdad/franquismo/elpepuesp/20070210elpepinac_22/Tes>, 11 de febrero de 2007.

- BOYD, Carolyn P. «El hispanismo norteamericano y la historiografía contemporánea de España en la dictadura franquista». *Historia contemporánea* 20 (2000): 103-116.
- CHAPMAN, Charles E. «The Founding of the Review». *The Hispanic American Historical Review* 1.1 (1918): 8-23.
- COESTER, Alfred L. *The Literary History of Spanish America*. New York: Macmillan, 1916, <http://books.google.com/books/pdf/The_Literary_History_of_Spanish_America.pdf>.
- . «Practical Pan Americanism». *Hispania* 10 (1927): 95-98.
- EPPS, Brad y Luis FERNÁNDEZ CIFUENTES, eds. *Spain Beyond Spain: Modernity, Literary History, and National Identity*. Lewisburg: Bucknell University Press, 2005.
- ESCUADERO, María A. «Hispanist Democratic Thought versus Hispanist Thought of the Franco Era: A Comparative Analysis». *Bridging the Atlantic: Toward a Reassessment of Iberian and Latin American Cultural Ties*. Ed. Marina Pérez de Mendiola. Albany, NY: SUNY Press, 1996, pp. 169-186.
- ESPINOSA, Christopher S. «An Open Letter to Mr. Nelson Rockefeller, Coordinator of Inter-American Affairs». *Hispania* 27 (1944): 344-345.
- FABER, Sebastiaan. «“La hora ha llegado”: Hispanism, Pan-Americanism, and the Hope of Spanish/American Glory (1938-1948)». *Ideologies of Hispanism*. Ed. Mabel Moraña. Nashville: Vanderbilt University Press, 2005, pp. 62-104.
- . *Exile and Cultural Hegemony: Spanish Intellectuals in Mexico (1939-1975)*. Nashville: Vanderbilt University Press, 2002.
- . «Economies of Prestige: The Place of Iberian Studies in the American University». *Hispanic Research Journal*. Forthcoming.
- FALCOFF, Mark y Fredrick B. PIKE, eds. *The Spanish Civil War, 1936-39. American Hemispheric Perspectives*. Lincoln, London: University of Nebraska Press, 1982.
- FERNÁNDEZ, James D. «Longfellow's Law: The Place of Latin America and Spain in U.S. Hispanism, circa 1915». *Spain Beyond Spain: Modernity, Literary History, and National Identity*. Eds. Brad Epps y Luis Fernández Cifuentes. Lewisburg: Bucknell University Press, 2005, pp. 49-69.
- FERNÁNDEZ DEL ALBA, Francisco y Pedro PÉREZ DEL SOLAR. «Hacia un acercamiento cultural a la literatura hispano-americana». *Iberoamericana* 6.21 (2006): 99-107.
- GABILONDO, Joseba. «Introduction». *Arizona Journal of Hispanic Cultural Studies* 5 (2001): 91-113.

- GARCÍA DURÁN, Pablo. «Entrevista a Jon Juaristi», <www.siff.us.es/general/actividades/entrevistas/entrevJuaristi.htm>, noviembre de 2002. (16 de noviembre de 2006).
- GIL ARAÚJO, Sandra. «Inmigración latinoamericana en España: estado de la cuestión», <www.gloobal.info/iepala/gloobal/hoy/index.php?id=869&canal=Informes&secciontxt=01&ghoy=0005>, noviembre de 2006.
- GÓMEZ, Alfredo. *Anarquismo y anarco-sindicalismo en América Latina. Colombia, Brasil, Argentina, México*. París/Zaragoza: Ruedo Ibérico, 1980.
- GRAFF, Gerald. *Professing Literature: An Institutional History*. Chicago: University of Chicago Press, 1987.
- GRAHAM, Helen y Jo LABANYI. «Editors' Preface». *Spanish Cultural Studies: An Introduction: The Struggle for Modernity*. Oxford: Oxford University Press, 1995, pp. v-vi.
- GRATIUS, Susanne. «La Cumbre Iberoamericana de Salamanca: ¿de una comunidad cultural a una alianza política?». *Iberoamericana* 6.21 (2006): 171-176.
- HEIN, Henry E. «Spanish and the Millennium». *Hispania* 19 (1936): 9-12. Instituto Cervantes. *Memoria 2005-2006*. Madrid: Instituto Cervantes, 2006, <www.cervantes.es/seg_nivel/institucion/memoria_ic_05_06/memoria_05_06_pdf/memoria_institutocervantes_05_06.zip>, noviembre de 2006.
- Integration and Trade in the Americas. Special Issue on Latin American and Caribbean Economic Relations with the European Union*. Inter-American Development Bank; Integration and Regional Programs Department; Division of Trade, Integration and Hemispheric Issues, 2002 [*Periodic Notes on Trade & Integration* (May 2002)], <www.iadb.org/INT/itd/english/periodic_notes/May02/chapter3.pdf>.
- JORDAN, Barry y Rikki MORGAN-TAMOSUNAS. «Introduction». *Contemporary Spanish Cultural Studies*. London: Arnold, 2000, pp. 1-12.
- KLEIN, Richard B. «The American Association of Teachers of Spanish and Portuguese: The First 75 Years». *Hispania* 75 (1992): 1036-1079.
- LEAVITT, Sturgis E. «The Teaching of Spanish in the United States». *Hispania* 44 (1961): 591-625.
- LINHARD, Tabea Alexa. *Fearless Women in the Mexican Revolution and the Spanish Civil War*. Columbia: University of Missouri Press, 2005.
- LITVAK, Lily. *Modernismo, anarquismo y fin de siglo*. Barcelona: Anthropos, 1990.
- LOUREIRO, Angel. «Spanish Nationalism and the Ghost of Empire». *Journal of Spanish Cultural Studies* 4.1 (2003): 65-76.
- MARTÍN-ESTUDILLO, Luis, FRANCISCO OCAMPO y NICHOLAS SPADACCINI. *Debating Hispanic Studies: Reflections on Our Discipline*. *Hispanic Studies*

- Online 1* (2006), <<http://spanport.clu.umn.edu/publications/HispanicIssues/hispanic-issues-online/hispanic%20issues%20online-1.htm>>.
- MATESANZ, José Antonio. *Las raíces del exilio. México ante la Guerra Civil Española, 1936-1939*. México, D. F.: El Colegio de México/UNAM, 1999.
- MORAÑA, Mabel, ed. *Ideologies of Hispanism*. Nashville: Vanderbilt University Press, 2005.
- MORATINOS, Miguel Ángel. «Discurso del Sr. Ministro de Asuntos Exteriores y de Cooperación ante el Patronato del Instituto Cervantes». Madrid: Ministerio de Asuntos Exteriores y de Cooperación, 2006, <<http://edit.mae.es/es/menuppal/actualidad/declaraciones+y+discursos/discursos+ministro+instituto+cervantes.htm>>, 16 de noviembre de 2006.
- NARCÍA, Elva. «Ecos de xenofobia en Alcorcón». *BBCMundo.com* (24 de enero de 2007), <http://news.bbc.co.uk/hi/spanish/international/newsid_6296000/6296195.stm>, 17 de febrero de 2007.
- OHMANN, Richard. «English and the Cold War». *The Cold War and the University: Toward an Intellectual History of the Postwar Years*. Ed. André Schiffrin. New York: The New Press, 1997, pp. 73-105.
- ORTEGA, Julio. «Post-teoría y estudios transatlánticos». *Iberoamericana* 3.9 (2003): 109-117.
- . «Presentación». *Iberoamericana* 3.9 (2003): 105-108.
- PÉREZ DE MENDIOLA, Marina, ed. *Bridging the Atlantic: Toward a Reassessment of Iberian and Latin American Cultural Ties*. Albany, NY: SUNY Press, 1996, pp. 71-82.
- PÉREZ MONTFORT, Ricardo. *Hispanismo y Falange. Los sueños imperiales de la derecha española y México*. México, D. F.: Fondo de Cultura Económica, 1992.
- PIKE, Fredrick. *Hispanismo, 1898-1936: Spanish Conservatives and Liberals and their Relations with Spanish America*. Notre Dame: University of Notre Dame Press, 1971.
- POBLETE, Juan. Introduction. *Critical Latin American and Latino Studies*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 2003, pp. ix-xli.
- POWELL, T. G. *Mexico and the Spanish Civil War*. Albuquerque: University of Nebraska Press, 1981.
- PRISA 2006 Annual Report*. Madrid: PRISA, 2006, <http://www.prisa.es/static/es/accionistas/memoria2005/grupo_prisa_web.html>.
- RACHUM, Ilan. «Origins and Historical Significance of Día de la Raza». *Revista Europea de Estudios Latinoamericanos y del Caribe* 76 (2004): 61-81.
- RAMA, Carlos M. y Ángel J. CAPPELLETTI. *El anarquismo en América Latina*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1990.

- RESINA, Joan Ramon. «Hispanism and Its Discontents». *Siglo xx/Twentieth Century* 14.1-2 (1996): 85-135.
- . «Cold War Hispanism and the New Deal of Cultural Studies». *Spain Beyond Spain: Modernity, Literary History, and National Identity*. Ed. Brad Epps y Luis Fernández Cifuentes. Lewisburg: Bucknell University Press, 2005, pp. 70-108.
- ROBBINS, Jill. «Globalization, Publishing, and the Marketing of "Hispanic" Identities». *Iberoamericana* 3.9 (2003): 89-101.
- RODGERS, Eamonn, ed. *Encyclopedia of Contemporary Spanish Culture*. London: Routledge, 1999.
- SANTANA, Mario. *Foreigners in the Homeland: The Spanish American New Novel in Spain, 1962-1974*. Lewisburg: Bucknell University Press, 2000.
- SCHULER, Friedrich E. *Mexico between Hitler and Roosevelt: Mexican Foreign Relations in the Age of Lázaro Cárdenas, 1934-1940*. Albuquerque: University of New Mexico Press, 1998.
- SHUMWAY, Nicholas. «Hispanism in an Imperfect Past and an Uncertain Present». *Ideologies of Hispanism*. Ed. Mabel Moraña. Nashville: Vanderbilt University Press, 2005, pp. 284-299.
- Sistema Económico Latinoamericano y del Caribe, Permanent Secretariat. *Foreign direct investments in Latin America and the Caribbean, 2000*. Caracas: SELA, 2000, <<http://www.sela.org/DB/ricsela/EDOC/SRed/2005/11/T023600000788-0-Di3.htm>>.
- SPELL, J. R. «Spanish Teaching in the United States». *Hispania* 10.1 (1927): 141-159.
- SWAIN, James O. «The Teaching of Latin-American Literature». *Hispania* 22 (1939): 263-265.
- UMPHREY, G. W. «Spanish-American Literature as a Field of Research for Graduate Students». *Hispania* 8 (1925): 1-8.
- UMPHREY, G. P. [sic]. «The Place of Spanish America in the Teaching of Spanish». *Hispania* 15 (1932): 367-372.
- VAN AKEN, Mark J. *Pan-Hispanism: Its Origin and Development to 1866*. Berkeley: University of California Press, 1959.
- WIARDA, Howard J. *Iberia and Latin America: New Democracies, New Policies, New Models*. Lanham, Md.: Rowman & Littlefield, 1996.
- WILKINS, Lawrence A. «Spanish as a Substitute for German for Training and Culture». *Hispania* 1 (1918): 205-221.

Cultura y cambio social
en América Latina

Mabel Moraña (ed.)